

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis et justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATOLICO, APOSTOLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus, ut vos in proposito confirmet.

—Pío IX, al Director y Redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 12 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian al último día de cada mes.—París: Agencia franco española de D. C. A. Saaavedra, 55, Rue Taitbout.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbitero.

PARTE EXTRANJERA.

El flamante reino no puede subsistir sin la instantánea adquisición de cuantiosas sumas; el Gobierno de Florencia, correspondiendo al origen del país cuyas riendas tiene, recorre desalado Europa, llamando a las puertas de los banqueros de distintas naciones, y, ó no encuentra quien sobre bienes sagrados le preste el oro que demanda, ó si halla alguien, es con condiciones inaceptables: es más, el flamante reino se opone a estas negociaciones. El Soberano Pontificio en cambio recibe a manos llenas las sumas que necesitan para cubrir sus necesidades, y de todas partes del globo van a Roma donativos sin cuento, que al Papa remiten los fieles.

Es un contraste digno de llamar la atención de los mas desocupados el que existe hoy en este punto entre Roma e Italia. Italia no puede realizar un empréstito, y a Roma llevan todos los Obispos del mundo católico cuantiosos donativos, conocidos con el nombre de *Dinero de San Pedro*. A la vez que los almacenistas del precioso metal se niegan a negociar con el Gobierno de Florencia la mercancía por este codiciada, teniendo por base una garantía saneada, y percibiendo grandes intereses, el hijo cariñoso de la Iglesia, poseedor por regla general de menos riquezas, casi siempre falto de ellas, manda a su santísimo Padre el óbolo de su filial amor, sin acordarse de premio, ni de retribución, sino de contribuir al alivio de las calamidades que al Vicario de Cristo en la tierra depara por medio de la revolución el infierno.

Peró hay más; no solamente deja el Gobierno italiano de allegarse los recursos que necesita para ir tirando, como vulgarmente se dice, si que las negociaciones con alguno de los banqueros consabidos le están ocasionando serios disgustos. Mr. Brasseur, profesor de economía política de la Universidad de Gante, fué nombrado apoderado de Langrand Dumouneau para representar a éste en las negociaciones entre el y el Gobierno florentino entabladas. El ministro de Hacienda del nuevo reino, era entonces Scialoja. Celebrada entre este y Brasseur la primera convención, fué prestada por el representante del banquero belga la garantía correspondiente y depositada en las arcas del Tesoro de Florencia la cantidad de quinientos mil francos de renta italiana. El convenio con Langrand Dumouneau fracasó; su apoderado Brasseur ha escrito a Ferrara dos largas epístolas que han valido a su autor el ser conducido ante los tribunales.

Según revelaciones hechas por el catedrático de economía de la universidad de Gante en las cartas mencionadas, y cuyas revelaciones promete probar en el proceso que con ese motivo se instruye; la estipulación pactada no agradó al ministro de Florencia; Rattazzi entabló negociaciones con Rothschild, y Fremy sin romper el contrato celebrado con Langrand-Dumouneau, y cuando se entendieron los banqueros franceses con el presidente del Gabinete, que fué bastante tiempo después de haber Brasseur entregado el depósito a nombre de su representante, llamó Ferrara al apoderado del banquero belga y le anunció que quedaba rescindido el contrato pero que no tenía derecho a levantar el depósito porque había varios títulos falsos y era nulo; a lo cual contestó Brasseur que se incoasen los procedimientos necesarios para la averiguación de lo que el ministro de Hacienda afirmaba, quejándose a la vez amargamente de que hasta entonces no hubiese el ministro caído en la cuenta de que había en el depósito billetes falsos.

M. Brasseur asegura que posee documentos justificativos de cuanto escribe a Ferrara, pero este se ha querrelado, y aunque no es difícil adivinar el éxito del proceso, la prudencia y el respeto a la autoridad aconsejan no hacer observaciones interia se halle el asunto *sub judice*, y limitarnos por ahora a ser meros narradores de imputaciones encubiertas, pero muy elocuentes, lanzadas a la faz del mundo al Gobierno de Italia.

Por de pronto el depósito no ha debido volver a su primitivo dueño, cuando se quiza su apoderado tan acremente. ¿En qué se habrá invertido su importe? No se ha empleado ciertamente en recompensar a los individuos de las suprimidas comunidades religiosas de los bienes que se les arrebataron; más de una vez hemos referido a nuestros lectores la miseria en que todos ellos se hallan sumidos. Pues bien: hoy tenemos que anunciarles que además de los frailes y monjas pensionados mezquinamente, había en el nuevo reino un inmenso número de individuos excluidos de las ventajas, siquiera fuesen exiguas, y para algunos puramente nominales, de la ley sobre supresión de órdenes monásticas de 7 de Julio de 1866. Estaban excluidos los profesos con posterioridad a Enero de 1864; lo estaban los Teatinos, los Filipenses, los hermanos de la

escuela de Cristo, los pertenecientes a las órdenes mendicantes y los que hubiesen profesado antes de 21 años.

Esto hacia que multitud de personas con cuyos despojos se han enriquecido algunos revolucionarios sucumbieran al hambre. Condolito Catucci, diputado de la izquierda, de tan aflictiva situación presentó una enmienda a la ley de Julio de 1866, y la apoyó con tan buen éxito que inmediatamente fué aprobada, concediéndose en su virtud la escasa pensión, que algunos tenían y que pocos cobraban corrientemente, a cuantos hubieran sido expulsados de su convento.

Haciéndose cargo de este incidente parlamentario la *Unión Católica* expone el siguiente paralelo: «El banquero europeo que se niega a cooperar al despojo de los bienes eclesiásticos y rehúsa celebrar contrato alguno sobre ellos sin el consentimiento del Romano Pontífice es un hebreo; y el diputado que no es insensible a la miseria y al hambre que los exlastrados padecen no es un liberal moderado sino un radical.»

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

París, 17.—El *Monitor* de hoy dice que el Emperador está ligeramente indisposto y no pudo asistir ayer a las recepciones.

La Emperatriz recibió en las Tullerías al virrey de Egipto, que llegó ayer tarde.

Se acaban de recibir noticias del Plata que alcanzan al 4 de Mayo. El cólera había desaparecido. Nada nuevo del teatro de la guerra. La situación del ejército aliado y del Paraguay era la misma.

París, 17.—La cotización oficial de la Bolsa de hoy es la siguiente:

3 por 100 interior, 53 3/8 (alta 1/8).
Diferido español, 54 1/2.
Amortizable, 24.
5 por 100 francés, 69 3/4 (baja 1/4).
4 1/2 francés, 93 50 (baja 1/2).
Consolidados ingleses, de 94 1/2 a 5/8.

Ya no es posible dudar sobre la triste suerte del Emperador Maximiliano, y las noticias recibidas, dejan en duda que pueda salvar su vida.

En una carta de Filadelfia del 31 de Mayo que publica *El Times*, se da por indudable la caída del imperio y la capitulación del Emperador y de sus generales. Mr. Seward había intervenido directamente con Juárez, pero se temía que no pudiera salvarle, puesto que *El Correo de los Estados Unidos* dice por su parte que la contestación de los vencedores había sido desfavorable, y que reclamaban la cabeza de su ilustre prisionero en virtud de las leyes de represalias.

Esta bárbara resolución se halla consignada en efecto en la respuesta dada por el ministro de Juárez, Sr. Lerdo de Tejada, a la nota de mister Campbell, respuesta que nos trae *El Caligari Messenger*. En ella se rechaza la nota de inhumanidad, se hace recaer sobre Maximiliano y sobre las comisiones militares francesas la responsabilidad de las ejecuciones, y no se da esperanza alguna sobre la suerte reservada al desgraciado príncipe.

A pesar de esto, parece imposible que, habiendo mediado eficazmente los Estados-Unidos, inaugure Juárez su gobierno con un acto de esta naturaleza.

Julio Fabre está gravemente enfermo y en peligro de muerte a consecuencia de una hemorragia nasal.

Dicen de Roma con fecha 12, que el monseñor Assaun, Arzobispo de Constantinopla, va a ser promovido a la dignidad de Patriarca de Constantinopla.

Han llegado ya a Roma para asistir a las fiestas del centenario de San Pedro 140 Obispos.

Antes de recibir la corona de Hungría los Emperadores de Austria, pidieron por medio de su representante en Roma Sr. Hubner a Pío IX una bendición especial que el Padre Santo le envió a Francisco José.

Al cabo la Cámara francesa suspenderá sus sesiones sin aprobar los proyectos de ley sobre organización del ejército, de libertad de imprenta y de reuniones.

Sobre la importancia política de las conferencias celebradas en París entre los soberanos allí reunidos y sus ministros, hace algunas observaciones la *France*, que no carecen de interés en los momentos actuales. Hé aquí sus apreciaciones.

La salida del Rey de Prusia ha puesto término a la serie de visitas reales que han de tener una verdadera importancia política. Es difícil, en efecto, creer que ha sido extraña a la política esta reunión de Soberanos.

No han traído sus ministros el Emperador de Rusia y el Rey de Prusia. Los periódicos bien informados, no han dado cuenta de las conferencias del príncipe Gortschakoff y de Mr. de Bismark con Mr. de Moustier. Verdaderamente no faltaban asuntos de qué tratar. Si la cuestión de Alemania presentaba algunos puntos oscuros, quedaba la de Oriente donde no quedaba tanta dificultad. Por otra parte, si el interés de la Rusia parece que es que se revise el tratado de 1856, era evidente la ventaja

que la Francia podía sacar en esta revisión; porque para ofrecerle compensaciones habría sido necesario volver a la cuestión de las anexiones, y en último resultado a la cuestión alemana. Pero hay que contar con la Inglaterra ó que dejarla aparte. No se oculta a nuestros vecinos que en definitiva las principales combinaciones proyectadas en París habían de ser a sus expensas, y no disimulaban sus temores sobre este punto.

Por fortuna la Francia se ha mostrado fuerte, y si nuestras noticias no son equivocadas, nuestro Gobierno se ha negado a sacrificar la alianza inglesa a las ofertas más ó menos seductoras de slavos y germanos.

Nosotros lo aplaudimos para evitar toda clase de aventuras. Esto suponiendo que la deferencia hacia la Inglaterra no sea una manera hábil de reservar la cuestión de Alemania y nuestra libertad de acción, porque en este caso no habríamos hecho mas que aplazar la cuestión.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 18 DE JUNIO DE 1867.

LIBERTAD DE ENSEÑAR.

III.

Siendo imposible de todo punto enseñar no habiendo quien aprenda, a la libertad de enseñar corresponde, y prácticamente la completa, la libertad de aprender. Maestro y discípulo son dos términos correlativos que, aislados, carecen de significación. Carrad a los jóvenes las sendas que llevan a la escuela, y la voz del maestro será voz perdida en el espacio; quitad a los ancianos la facultad de enseñar, y los jóvenes llegarán a hombres sin haber dejado de ser niños, teniendo que ahogar en su corazón los deseos de perfeccionarse, y esa aspiración vehemente hacia la verdad y la luz que Dios puso en el alma de cada uno. Quien defiende cualquiera de estas dos libertades, acentra ambas; defender quien combate ó limita la una, también a la otra hace violencia.

La Iglesia, que al predicar la caridad tiene más bien en cuenta al pobre que al rico, defendiendo la libertad de enseñar, ha intentado también é intenta defender la libertad de aprender, otorgándola, ó mejor, reconociéndola en todos los hombres, pobres y ricos, en la proporción de sus talentos.

Porque el talento no es propiedad de ninguna clase ni de ninguna familia. El alma del pobre es de su naturaleza tan grande como el alma del rico, y Dios que nada obra en vano, no la dotó de nobles facultades para que las tenga perpetuamente ociosas, sino para que las utilice en provecho propio y de los demás. La memoria, el ingenio profundo, el talento distinguido y demás riquezas del alma, el cielo las luce, ha dicho un elocuente orador; y, como el rocío que cae por igual sobre las cúpulas del palacio y el techo pajizo de la cabaña del pastor, así dichas riquezas recaen indistintamente en hombres de todas clases y condiciones.

El sistema, pues, que tiende a inutilizar los talentos del pobre, quitándole el aire y la luz necesaria para abrirse como gallina flor, es un sistema impio, porque quebranta el orden establecido por Dios, haciendo vanos sus dones y ahogando las simientes de frutos de sabiduría y de bien con que quiso enriquecer la tierra; es un sistema injusto, porque impide a muchos hombres hacer el uso debido de las facultades que poseen, recibidas del cielo, como elementos constitutivos de su ser; es un sistema cruel y tiránico, porque cierra las fuentes de la ciencia a muchas almas sedientas de ellas, obligándoles a pasar esta vida en perpetuo penar, parecido al del viajero que errante por el desierto busca agua y no encuentra sino ardiente arena que le quema los pies; es un sistema sumamente dañoso y perjudicial a la sociedad, porque le priva de la porción mas numerosa de talentos que desenvueltos convenientemente ayudarían a su perfeccionamiento, al adelanto de las ciencias y de las artes, al progreso verdadero. Dios creó estos talentos como un objeto determinado en el orden general, como una rueda en la gran máquina del universo moral, como otros tantos elementos que sirvan de medios para alcanzar la perfección común, y bien se comprende que esta no podía lograrse dejándoselos en el abandono y la ociosidad.

Tal ha sido casi siempre el sistema de las sectas separadas de la Iglesia y de los partidos que andan por caminos que no son los del bien y de la verdad.

Peró semejante sistema, impio, injusto, tiránico, perjudicial, no podía ser, ni fué jamás, el sistema de la Iglesia, que defendiendo, especialmente a favor de los pobres, la libertad de enseñar, puede decir a las generaciones y al mundo, como carácter de su divinidad, las palabras que decía Jesucristo para demostrar la suya: «los pobres son evangelizados.»

En efecto, la Iglesia, movida por el doble deseo de cumplir perfectamente la voluntad de Dios y proporcionar a sus hijos todo el bien posible, ha procurado constantemente aprovechar todos los talentos, buscándolos como el avaro busca el oro, en la ciudad y en la aldea, en poblado y en desierto, y aun por decirlo así, con gran trabajo en las entrañas de la tierra. Cual haya sido el resultado de su celo y el éxito de sus afanes, la historia lo dice. En los siglos cristianos, es decir, en los siglos en que la enseñanza se daba y se recibía según el espíritu de la Iglesia, fueron vueltas a la vida con nuevo esplendor, ampliadas y purificadas, todas las ciencias antiguas; se llevó al último grado de análisis y perfección la ciencia metafísica y moral que puede llamarse justamente la ciencia cristiana, no siendo ya patrimonio de algunos, como en tiempos mas antiguos y en tiempos mas modernos, sino propiedad de todos, parte, por decirlo así, del criterio vulgar y elemento del sentido común; la inteligencia humana, remontando el vuelo hasta regiones superiores, antes desconocidas, explicó los misterios de Dios en cuanto es posible a la débil criatura, penetrando con osada humildad, sostenida y contenida por la fe, a la otra parte de esa bóveda estrellada, en donde muchos gozan y a nosotros nos esperan aquellos bienes que ni ojo vio, ni pudo imaginar el corazón del hombre; se hicieron los grandes descubrimientos, de los cuales los de hoy no son sino un grado más de desenvolvimiento; se echaron los cimientos de todas las ciencias, y las artes se levantaron a una altura, que no solamente no han traspasado después, sino que han quedado allí, como monumento de exaltación para aquella época, y de humillación para las posteriores, que no han podido seguirles en su vuelo.

Entonces habia verdadera libertad de enseñar. El mundo cristiano estaba en tan pacífica y universal posesión de ella, que hubiera sido tenlo por extraño y absurdo sujetarla a discusión ni aun para tratar de defenderla. Aquella libertad producía la abundancia en la enseñanza, y esta la riqueza de doctrina y el número grande de doctores que obraron tan asombrosas maravillas.

En mala hora quiso el mundo cambiar de sistema. Creyéndose poderoso para poder desear a la Iglesia, la declaró inhábil para la enseñanza, y se quedó sin los maestros desinteresados y celosos que enseñaban solamente para hacer bien.

Para poner en su lugar, ha buscado maestros asalariados, muchos de los cuales aspiran a la cátedra como a una posición cualquiera honrada y relativamente lucrativa, y toman la enseñanza como un oficio; algunos trabajan con laudable celo, pero pocos, muy pocos por celo de que la juventud se eduque y la ciencia progresé. Aun así, el número de maestros es limitado y ha de serlo, como toda institución oficial y remunerada con sueldo fijo, quedando por consiguiente concretada su acción a círculos reducidos, fuera de los cuales el pueblo ha vuelto a caer en las tinieblas de ignorancia y hasta de superstición que antes de la Iglesia cubrían el haz de la tierra. Inspirada la reglamentación moderna por un espíritu de desconfianza y hostilidad hacia todo lo que la Iglesia había establecido, y como si desconfiara también de sí misma y de los profesores a quienes ha formado, hace de la enseñanza un monopolio a favor de sus escogidos, quitándoles de delante toda competencia: estanca el ingenio cual si fuera material mercancia, prohibiendo su uso a cualquiera que pase de la cantidad señalada ó no llegue a tiempo a las aduanas del talento; ahoga los sentimientos generosos de la caridad, castigando como crimen su expansión mejor y más divina; precisada a buscar dinero, sin el cual crece la oscuridad y vigorosa, no da, que vende la ciencia, haciéndola así por doble manera inaccesible a las clases, como más numerosas, más abundantes de ingenios y más poderosas para dar empuje al progreso verdadero.

Las consecuencias inmediatas de este sistema monopolizador y restrictivo quedan indicadas. Siendo la actual organización tan opuesta a la dada por la Iglesia a la enseñanza, los resultados deben ser contrarios también. Limitada—bien se podría decir muerta—la libertad de enseñar, lo ha quedado la de aprender. Muchos hombres dotados de buen ingenio, de fecunda iniciativa, y de carácter metódico y expositivo, con vocación, tal vez apasionada, por la enseñanza, viven deslustrados en ocupaciones vulgares, llenos de pesar y de fastidio, como quien se ve precisado a trabajar en cosas para las cuales no les crió Dios; algunos acaso hasta gratuitamente se dedicarían a enseñar, pero la ley se lo prohíbe. Y al mismo tiempo niños de entendimiento precoz, de juicio seguro, de memoria sorprendente y de pintoresca imaginación, son llevados de la escuela a cojer el arado ó el manubrio de una máquina con lágrimas en los

ojos y dolor en el corazón, no solamente de ellos sino del maestro, que ve perdidas sus mejores esperanzas de gloria; de los padres, que sienten que el cielo haya enriquecido con tantos dones a su hijo, ya que por la tiranía de los hombres, únicamente de mayor pena podrán servirle; y de todo hombre celoso que ve cortadas, apenas nacidas, plantas, destinadas por la naturaleza a ser el encanto, el aroma y el fruto más regalado en el jardín de las ciencias y literatura patrias.

Consecuencia de la anterior, y una y otra del principio que anima a la actual legislación, ha de ser la falta de fervor científico, la paralización de la ciencia y del arte en su marcha progresiva, el empequeñecimiento de las cuestiones y la estrechez de los horizontes en que antes vagaba libre y anchurosa la razón del hombre. Si esto se verifica, no hemos de decirlo nosotros, pues en alta y elocuente voz lo pregonan los artículos de los periódicos, los anuncios de libros nuevos y los catálogos de las librerías. ¿Qué se ha hecho de aquel ingenio español que abarcaba todas las cuestiones de la metafísica, estudiaba la idea elemental del ser, su necesidad ó contingencia, las relaciones que a unos con otros enlazan y las leyes generales por las cuales se gobiernan, comprendiendo de un golpe de vista desde los cedros del Líbano al bispo que nace en la pared, ensanchando casi ilimitadamente el entendimiento y preparándolo así a recibir con facilidad, prontitud y provecho toda especie de conocimientos particulares? ¡Ah! las ciencias metafísicas y morales en que tanto se distinguieron los talentos españoles, están si no muertas, ahogadas debajo de ceniza en nuestra patria. Si al menos en otros géneros conservásemos algún rizo de la gloria antes adquirida! pero ¿qué imprimen, por regla general, nuestras prensas mas que traducciones hechas a vapor y con pesada pausa publicadas? ¿Será que faltan fuerzas ó voluntad para escribir un libro, ó que no se espera quien haya de leerlo? En uno y otro caso, ¿qué acusación tan terrible para el actual sistema de educación, haber reducido a la patria de Suarez, de Soto, del Testado, de Feijóo, de Balmes, etc., etc., a no imprimir ni leer apenas otra cosa que periódicos de política ardiente y novelas de a cuartillo la entrega!

Ahora digásenos de buena fe ¿cuál de los dos sistemas es más justo, racional y provechoso? Entre los que defienden el monopolio y los que le hacemos guerra, ¿quién defiende y quién ataca aquí la libertad, la ilustración, el progreso verdadero?

—D. FRANCISCO DE ASÍS ACILAR.

Hemos dicho a los periódicos liberales y entrellos a *El Español*, que no queremos entrar por ahora en cierto linaje de cuestiones; ni responder a impertinentes preguntas por razón de dignidad. Hemos manifestado como entendíamos nosotros esta dignidad, como caeríamos en una humillación vergonzosa, consintiendo en ser examinados en doctrina por partidos a quienes podemos y debemos hacer sentar en el banquillo de los reos para interrogarles como jueces. En vista del parrafo que nos dedica hoy aquel periódico anadiremos que cometeríamos además una insigne torpeza, si por dar gusto a nuestros adversarios, a nuestros mas desapiados adversarios, contribuyéramos a dividir el gran campo de la comunión monárquico-religiosa, con declaraciones inútiles, innecesarias y acerca de las cuales siempre habríamos de contenernos en el ataque, dentro de los estrechos límites de la actual legislación de imprenta que respetamos, y de la prudencia a que queremos y debemos obedecer.

Diga, pues, *El Español* lo que quiera, y piense lo que le dé la gana, nada nos importa por nosotros mismos, sin embargo de que no nos es completamente indiferente por el mismo *Español* a quien quisiéramos ver proceder con justicia y con nobleza de miras, pues hasta en el adversario nos repugna la mezquindad y pobreza de recursos. Por lo mismo que se nos quiere dividir, hemos comprendido nosotros que nunca más que ahora conviene a los hombres de orden, de verdadero orden permanecer compactos y defender unidos los grandes principios sociales, que ayer mismo, en una de sus intermitencias conservadoras, proclamaba el Sr. Gonzalez Bravo en el Senado.

Aplazamos, pues, a *El Español*, no para responderle, sino para acusarle; para acusar a todos y a cada uno de los partidos liberales, a quienes tenemos que repetirles tremendos cargos que antes de ahora les hemos hecho.

Ya que hoy no tiene aquel periódico empucho en abusar de su posición, le aplazamos para el día en que manden los rivalistas.

Entonces le refrescaremos la memoria con ciertas fechas y ciertos artículos; entonces... Pero basta y sobra para quien sólo mira es-

Y no se pueden eludir estas disposiciones diciéndole que el asunto es urgente, porque no será fácil su aplicación en esta legislatura; podrá ser para la otra, y entonces podremos discutirlo, o bien principiar su discusión ahora, y luego continuarla como le bizo en el año 48.

Se ha dicho para fundar esta reforma que la opinión pública la reclama, y no sé dónde se ha visto esa opinión pública, que ciertamente no habrá sido en la prensa, pues la de oposición está muda como se quiere que quede la del Senado, que hoy es una y mañana será otra.

Las palabras del Sr. Roncali al apoyar su proposición envolvían un cargo gravísimo al Senado con las que dijo el señor ministro de la Gobernación, y con las no menos graves del decreto de disolución, en el que se dirige un cargo al Senado que no puede ser más ofensivo ni afectar más a la honra y dignidad de este Cuerpo, pues hay un párrafo en el que se acusa al Senado hasta de faltar a las exigencias de la cortesía y del decoro; y me parece ver la pluma que ha escrito esto, si bien no sé cuándo se ha podido notar semejante falta en este Cuerpo, sin contar con que no era generoso ni noble herir a los diputados que se marchaban, a la vez que es un atentado insultar así al alto Cuerpo colegislador. Esas palabras necesitan una explicación, pues están consignadas en un documento que ha visto la nación entera.

El señor ministro de la Gobernación, que nos citaba el otro día, no sé con qué oportunidad, las prácticas del Parlamento inglés, no tenía en cuenta su duda que con esta reforma no puede la minoría juzgar convenientemente los actos del Gobierno, y aun poderíamos darnos por contentos si después de esto quedase a la mayoría la independencia necesaria; pero no es así.

Todos los señores senadores podrán recordar el discurso del señor ministro de la Gobernación pronunciado el día 3 de Abril, en que nos decía que todos fuera de aquí éramos iguales a los demás; es decir, que los legisladores del país no tienen diferencia alguna de los demás; y también S. S. atacó de una manera que no quisiera recordar a una clase que todo el país llama dignidad de la milicia, y yo hubiera deseado que la comisión al hablar de palabras mal sonantes, refiriéndose a los señores senadores, hubiera tenido también presentes a los señores ministros, pues esto era lo más justo.

También el señor ministro de la Gobernación, contestando al Sr. Caldeira Collantes, nos habló en cierto sentido de los representantes del país, y creí ver envuelta una especie de amenaza en aquellas palabras; tal vez S. S. no consideraba que nosotros somos representantes del país, como no pueden menos serlo los grandes de España, las altas dignidades, capitalistas y propietarios que tienen asiento en este alto Cuerpo. También tienen suma gravedad las palabras del señor ministro de la Gobernación en lo referente a las causas que nos habían conducido a la situación política en que el país se encontraba al ocupar el poder el actual Gabinete; y seguramente que si fuésemos a examinarlas detenidamente las encontraríamos donde dice S. S., y tal vez halláramos que una de las causas que llevaban la perturbación a los ánimos era el que periódicos monárquicos-dinásticos, ó que así se llamaban, consignaban ideas democráticas.

Todos esos cargos lanzados por el Gobierno se contestan con una estadística muy sencilla. En noviembre de 1865, a contar desde el año 1857 al 65, el Gobierno ha presentado 115 leyes, el Congreso ha remitido 263, y solo 29 proposiciones de ley han sido presentadas en el Senado. En esos nueve años ha habido 45 interpelaciones, algunas de ellas bien inocentes; 259 enmiendas; ha habido 727 sesiones y 927 días sin sesión por falta de asuntos, no habiéndose suscitado más que 28 cuestiones previas, lo cual demuestra que el Senado ha sido sumamente parco en hacer uso del derecho de iniciativa que tiene por el reglamento.

No desconocía el señor ministro de la Gobernación en el discurso a que me he referido la prerogativa del Senado; pero al mismo tiempo juzgaba que era necesario el asentimiento del Gobierno, y esto no es así de la manera absoluta que lo decía su señoría tratándose del reglamento, y así se ha comprendido siempre; y en efecto, de este modo lo entendió la comisión formada para la reforma, que ha mencionado ya, no pensando el Gobierno tampoco en acudir a la comisión, no obstante que contaba grandes oradores en su seno; y del mismo modo sucedió en 1846 siendo ministro de la Gobernación el señor marqués de Pidal; y en el año 1847, que era ministro de la Gobernación nuestro dignísimo presidente, guardó también al Senado la consideración de no tomar parte en los debates que duraron de 12 a 15 días, tomando la palabra el señor Bravo Murillo, que era ministro de Gracia y Justicia, en lo relativo a la votación por bolas, y esto con grandes salvaduras. ¿Por qué no ha seguido esta política el actual Gabinete?

Se comprende perfectamente que es suya la iniciativa por lo que nos decía después de apoyar su proposición el Sr. Roncali, que me permití a decirle que yo en su lugar hubiera retirado la proposición después de oír lo manifestado por el Gobierno.

Hay que notar que en la actual reforma se echa de menos un párrafo que antecede al reglamento, y que se ha cuidado en otras ocasiones de consignar; pues aun cuando al hacer una reforma se haya padecido cualquier olvido, en este punto ha bastado la indicación de un señor senador para repararlo.

Y bueno sería saber si ha sido ahora un olvido ó si es que en adelante el Senado no tendrá el derecho de hacer su reglamento.

No es menos grave lo que pasó en el otro Cuerpo colegislador discutiendo el señor ministro de la Gobernación con el jefe de un nuevo partido que se aumenta y crece de día en día con la protección del Gobierno, y que parece una vanguardia empujada por los vientos de la Rápita.

Este hombre político ha expuesto su programa que abraza cinco puntos, de los que no he visto impresos más que cuatro, que son reforma de la Constitución, reforma del Senado, descentralización (a su manera) y incompatibilidades, y cualquiera creyera que el primero que hubo de hacer el Gobierno de S. M. fué combatir ese programa defendiendo la Constitución y el Senado; pero no fué así; guardó silencio sobre estos dos puntos, y solamente preocupó al señor ministro de la Gobernación lo relativo a incompatibilidades. ¿Qué significa ese silencio? ¿Está S. S. conforme con ese programa? Esto necesita explicarse.

Voy ahora a ocuparme del dictamen de la comisión, aunque sea ligeramente, examinando algunas de las fases en que puede considerarse.

Facultades del presidente. Todos tenemos seguridad de que nuestro dignísimo presidente no hará uso de esas facultades que la comisión le concede, porque, cual sería la situación del presidente que dijera se retirase una palabra que después se hiciera ver no había habido razón para ello; porque, señores, no siempre se puede ir con claridad desde la presidencia lo que se dice, y también cabe el equivocarse en la apreciación que se haga de las palabras.

Se dice también que la mesa cuando se le haga una pregunta, por supuesto por escrito, contestará ó no; y esto no es estrictamente entre personas bien educadas, y no lo puede hacer ningún presidente de esta Cámara, pues cuando se recibe una carta siempre se contesta a ella.

Sesión secreta. En el reglamento hoy vigente se empieza por decir que en las sesiones secretas se resolverá como cuestión previa si en efecto ha de tratarse en secreto de aquel asunto; pero con el proyecto que hoy se propone se aumentan los casos en que puede haber sesión secreta, y se dice que tratado una vez un asunto en sesión secreta ya no puede hablarse de ello en pública.

Yo no creo que en el ánimo de los señores de la comisión este el que eso sea el primer paso para que todas las sesiones sean secretas; pero dado ese paso, puede irse formando hábito y concluir por decirse que no es tan malo que las sesiones sean secretas.

En el art. 41 se presenta una cuestión suma-

mente grave, pues no podrá exigirse que vean los ministros que desaparecen de ese banco desde sustituidos por los comisarios; y no está demás recordar que según el Estatuto Real los comisarios sólo iban al Estamento de Proceres para un asunto determinado y siempre nombrados por Real decreto, y sin embargo jamás tuvo lugar esto que entonces podía explicarse perfectamente, porque ardía la guerra civil y era preciso ocuparse de ella; pero hoy no son iguales las circunstancias, y abriga la confianza de que el ilustre duque de Valencia no mandara aquí a los oficiales de su secretaría a que discutan con los generales que se sientan en esta Cámara, ni lo hará el señor ministro de Gracia y Justicia recordando que aquí se sientan los primeros magistrados del país y los hombres que han ocupado los primeros puestos de la administración, todos los que así como los generales estamos casi siempre al lado del Gobierno, pues sólo circunstancias muy graves pueden colocarnos en la oposición.

Y para qué se necesitan los comisarios en una Cámara donde hay tantas ilustraciones? Además, hay en este punto de los comisarios una contradicción, pues mientras para los proyectos de ley se establecen, se dice que para las interpelaciones, cuando el Gobierno tendrá tal vez que responder de un abuso ó haber faltado a la ley, entonces elige a un senador que podrá carecer de los datos necesarios para contestar.

Secciones, comisiones. Hubo la cuestión del año 45 respecto a este punto, y yo, señores, comprendo la comisión nominadora, que entonces se propuso; pero después hemos visto que se ha hecho cuestión política del nombramiento de todas las comisiones hasta la de calidades. Y por otra parte el nombramiento de las comisiones por el Senado es casi imposible, la práctica, porque nadie desconoce las dificultades que habrá para nombrar de repente 14 ó 21 senadores cuando se trate de dos ó tres comisiones; y si alguno se excusa por enfermedad ó ausencia, habrá de reunirse el Senado para su reemplazo; de manera que el resultado será que el nombramiento de las comisiones pasará de ese banco (el del Gobierno) a la mesa. Pero se nombran esas comisiones, y se dice que deliberarán a puerta cerrada. ¿Qué es esto, señores? ¿Por qué no se han de ver los expedientes de las leyes? ¿No hay que pedir muchas veces documentos al Gobierno? Pues eso naturalmente lo hace el senador de la oposición. Asimismo tampoco comprendo por qué no se permite renunciar al individuo de una comisión nombrada acaso sin su conocimiento, pues no hay ningún medio para obligarle a aceptar, así como no lo hay para obligar a un senador a venir a este sitio.

Decía el señor marqués de Roncali que era menester que el presupuesto se discutiera con una gran amplitud. ¿Y en qué se funda S. S. para creer que el presupuesto será mejor discutido en adelante? La ventaja que se da, es que mientras que a un proyecto de ley para conceder una pensión de dos artículos se le pueden poner cuatro enmiendas, al presupuesto de un ministerio no se le pueden poner más que dos, sin embargo de contener alguno, como el de Hacienda, setenta y tantos capítulos y ciento cincuenta y tantos artículos, ó como el de Guerra, 41 capítulos y ochenta y tantos artículos. Pues todo esto se discutirá con sólo dos enmiendas, sin que las demás merezcan ni siquiera los honores de la lectura; y es singular, señores, también que tratándose de los presupuestos se discutan las enmiendas que más se separan; es más, lo absurdo, lo que no ha de ser aprobado, y respecto a los demás proyectos, las menos distantes del dictamen de la comisión. No entiendo la razón de esta diferencia.

De las interpelaciones y preguntas, sólo diré que yo nunca he usado de esta iniciativa; pero, ahora que se cierra la puerta, anuncio al señor ministro de Fomento que puedo dirigirme cuatro interpelaciones. ¿A qué se reducen, en efecto, en adelante las interpelaciones y preguntas? A hacer un memorial al ministro, que sólo pasará a las secciones cuando se trate de cosas que importen poco al Gobierno. Fuera de este caso, será imposible acudir a los ministros.

El art. 90 dice que los proyectos remitidos por el Gobierno y el otro Cuerpo Colegislador, se reproducirán en la siguiente legislatura; pero no establece lo mismo en cuanto a los que hayan sido presentados por los senadores. El Senado recordará que la ley de aguas ocupó a la Cámara tres legislaturas, y con ese motivo propusimos que en esta clase de asuntos las comisiones pudieran trabajar en su examen durante la clausura de Cortes. Ignoro, pues, por qué se ha establecido la excepción indicada en cuanto a los proyectos iniciados por los individuos de este Cuerpo. Tampoco puede aceptar la variación formulada en el art. 77, con arreglo al cual, a las veinticuatro horas de presentado un dictamen puede discutirse, siendo así que en el otro Cuerpo se han señalado seis días de anterioridad para la discusión de todo proyecto presentado en la Cámara. ¿Por qué no se dejan los cuatro días del reglamento actual? Si el asunto es de poco interés, nada importa que esté sobre la mesa algunos días más; y si es de mucha importancia, debe dejarse bastante tiempo para estudiarlo.

En fin, señores, creo que si entráramos en una discusión artículo por artículo, iríamos conociendo los errores y olvidos que hay en el proyecto de reforma; por lo cual juzgo que la conveniencia exige que examinemos con la detención debida la grave cuestión que encierra la reforma; y en este concepto importa a la honra y a la dignidad del Senado, que después de los cargos graves lanzados por el Gobierno sobre este Cuerpo entrémos en una discusión amplitud del asunto que nos ocupa, y que esta reforma no lleve el sello de la ilegalidad que llevaría si se votara como la comisión ha propuesto.

El señor marqués de RONCALI: El Senado recordará la templanza y moderación que resalaban en el discurso que pronuncié en apoyo de la proposición de reforma del reglamento que ha dado lugar al actual debate; mi propósito, como el de mis compañeros, estaba exento de todo espíritu de partido; nos animaba sólo un pensamiento encaminado a procurar el bien del país, mejorando el resultado en la práctica de estos Cuerpos colegisladores: ese espíritu no nos ha abandonado, y es el mismo que nos ha dirigido en nuestras tareas. Hemos querido consignar además el mayor respeto al actual reglamento en cuanto era conciliable con el proyecto de modificar una parte del mismo. (Rumores.)

Señores, la verdad de esta proposición quedará perfectamente demostrada cuando entrémos en el fondo de la discusión. Y hemos hecho más. Hemos presentado un proyecto total de reforma, para cuyo examen no abre una comisión por el Senado, de la que fuéramos parte todos ó casi todos los que presentamos la proposición; pues bien: en nuestro deseo de conciliar hemos suscitado, al formular el dictamen pendiente de la deliberación del Senado, el texto literal íntegro de las disposiciones que rigen en el día a las que nosotros habíamos traído, habiendo quedado únicamente las especialidades que yo reconozco son de insignificante importancia.

En tal estado de cosas, el señor marqués del Duero ha dicho muy poco en apoyo de su enmienda; y ha hecho un análisis detenido de casi todo el reglamento, lo cual, en opinión de muchos señores senadores, lleva consigo implícitamente el apoyo de aquella; pero antes de hacerlo su señoría ha dirigido cargos muy graves al Gobierno y al humilde individuo de la comisión que así dirige la palabra. Analizando S. S. mi discurso anterior, dijo que yo había censurado a S. S. por haber sido el iniciador de la última reforma. No fué cargo lo que yo hice a S. S.; cito su reforma como un hecho entre otros varios precedentes que aduje en apoyo de mi proposición, y sin embargo, cosa singular, señores! la limitación que S. S. proponía en la dis-

cusión de la contestación al discurso de la Corona, esas proposiciones mismas que S. S. quiso darle son las que nosotros presentamos. Así es que su señoría ha hecho en su discurso una concesión importantísima que debe quedar consignada, a saber: que S. S. está conforme con algunas de las modificaciones propuestas. De otras ha dicho que habían sido inspiradas por la pasión política. ¿Y por qué? ¿Estamos acaso tan desprovistos de experiencia que hayamos de desconocer que los que hoy somos mayoría podemos ser mañana minoría? S. S. se equivocó al atribuir ese móvil a la comisión ni al Gobierno.

Pero el señor marqués del Duero ha manifestado una cosa muy importante. Se ha dicho fuera de aquí que este reglamento ahoga la discusión; que esto es sojuzgar la minoría, y el señor marqués del Duero, que he podido menos de declarar que esta reforma, lo mismo va contra la minoría que contra la mayoría, lo cual es verdad hasta cierto punto. Este proyecto no es un dogal puesto a la minoría; su objeto es poner límites a la mayoría para que nunca pueda excederse, incurriendo en los peligros de que se quejaba el célebre Royer Collard, cuyas palabras son de la mayor importancia. Había en efecto, señores, en Francia una Cámara mas realista que el Rey, una Cámara reaccionaria, la Cámara de 1815, que quiso imponerse al Monarca, dando lugar con esta pretensión al famoso golpe de 5 de Septiembre de 1816. ¿Y por qué sucedía eso? Pues vais a oír la opinión de Royer Collard, cuya grande autoridad nadie podrá poner en duda. [Importantísima concesión la que ha hecho el señor marqués del Duero! Esto no es un dogal puesto a la minoría; esto ha sido dirigido típicamente el curso de los debates en provecho de todos y en bien del país.]

Preguntaba el señor marqués del Duero dónde está la opinión pública que impulsa a la reforma, y añade S. S. que no será en los periódicos, que en los actuales momentos están mudos. Pues yo le citaré a S. S. uno, modelo de decoro y buen juicio, que no está con la situación moderada, en el cual se clama incesantemente porque acaben esos pugilatos de las Cámaras, esa lucha que perjudica a todos sin provecho alguno para el país, y en el que en estos mismos días he leído que estaba conforme con algunos puntos de la reforma.

Aquí tiene S. S. la opinión pública; y si otros periódicos no quieren entrar en el examen de esta cuestión, no será porque haya una prohibición que se lo impida, pues las prescripciones de la ley de imprenta no se oponen a que traten de este asunto.

Ha preguntado S. S. por qué hemos presentado esta reforma, y ha dicho que sin duda ha sido obedeciendo un mandato del Gobierno. Se equivocó su señoría: el Gobierno pudo muy bien en el decreto de convocatoria de Cortes hacer las manifestaciones políticas que creyó convenientes; pero yo en nombre de mis compañeros digo que no reconozco poder humano al cual venga a esclavizar mi voluntad, yo, que cuando he tenido que combatir de frente a un Gobierno he sacrificado una altísima posición, no recibí la ley de ningún Gabinete; y por otra parte no hay un Gobierno tan olvidado de su propia dignidad que viniera a hacernos proposiciones indignas; y si lo hubiera, nosotros no daríamos lugar a que pronunciase la segunda palabra, sea cualquiera la respetabilidad de los señores ministros.

Pero dice el señor marqués del Duero que ha habido amigos del Gobierno para presentar este reglamento.

Pues yo le diré a S. S. cómo encontré el Gobierno esos amigos. El Gobierno, inspirado por un sentimiento de conciliación, abandonó un proyecto que creyó que no debía ya resuscitarse, ó sea la reforma de los reglamentos de las Cámaras por medio de una ley, juzgando mas conveniente hacerlo dentro de las condiciones que a cada Cuerpo marca la Constitución.

Sin embargo, la escuela que establece la necesidad de una ley para la formación de los reglamentos de las Cámaras no carece de fundamentos de sólida doctrina y principios, pues solo cuando en esos reglamentos se continúan disposiciones de un orden ulterior sería rechazable la doctrina; que es el desdoblamiento de las prerogativas constitucionales; entonces, señores, se encuentra la Cámara en un continuo contacto con el poder Real.

Y entones, tratando de establecer disposiciones que obligan a una y otra parte sin que concurre a su elaboración el poder mismo que ha de quedar obligado, se tropieza con un grave obstáculo.

No es, pues, una escuela de capricho y absolutismo la que sostiene esta doctrina.

Sin embargo, yo hago el sacrificio de mi opinión particular favorable a ella al ver que el Gobierno no cree conveniente seguirla por un sentimiento de patriotismo que reconozco y dilo a conocer.

De aquí, señores, que el contacto político y frecuente que debe haber entre los ministros y la mayoría necesite hacer muchos meses al pensamiento de reforma que ahora se presenta.

Así es que este reglamento fué preparado y redactado hace mucho mas tiempo del que el señor marqués del Duero supone, y después ha sido objeto de mucho estudio y deliberación en la comisión, y por consiguiente no ha habido la precipitación que S. S. ha indicado. No, señores, no somos nosotros hombres que nos prestamos a recibir instrucciones de un Gobierno: el mas humilde soy yo; y si de algo he pecado siempre, es de alguna firmeza ó inflexibilidad de carácter.

Después de esto ha descendido el señor marqués del Duero al examen interno de las disposiciones del reglamento. Difícil es seguir a S. S. ahora en este terreno, y yo habré de limitarme a las observaciones mas principales.

Ha llamado la atención de S. S. la ausencia de los ministros. Señores, aquí se confunde lo mismo que establecía el Estatuto Real; allí se decía que podrían asistir los ministros que no estuvieran en el momento de asistir a las sesiones. En cuanto a la obligación de asistir a las sesiones suprimida para vigorizar la acción del Gobierno. ¿Es en efecto, señores, conveniente que se halle constantemente aquí el Consejo de ministros cuando deba estar en otra parte despachando asuntos de grande importancia? ¿Cabe tampoco por ventura en la buena fe que cuando se trate de un negocio de gravedad, en vez de venir el ministro mande al comisario? Y respecto al comisario, ya dije al apoyar la proposición que esto no es nuevo en nuestro país, y ahora añadiré que no es fundado el temor del señor marqués del Duero al suponer que puede venir un oficial de secretaría a discutir con un capitán general de ejército. No, señores, vendrán funcionarios de alta categoría, como sucedió en tiempo del duque de Toros, pues no es posible prescindir que un ministro no mande a S. M. mande aquí ningún funcionario de inferior categoría. Y no es preciso consignarlo en el reglamento, pues basta el principio genérico de que han de venir en virtud de Real disposición.

Del nombramiento de las comisiones dijo S. S. que lo que se propone es impracticable ó difícil, y yo aseguro a S. S. que ha de ser infinitamente mas breve que el nombramiento por las secciones. En cuanto a la diferencia que ha querido encontrar su señoría entre las enmiendas a los presupuestos y a los demás proyectos de ley, quedará S. S. satisfecho leyendo detenidamente el proyecto de la comisión, donde verá que siempre se discuten las que mas se separan.

Aunque el señor marqués del Duero ha hablado poco de su enmienda, yo debo decir algo sobre ella. Quiere S. S. que se suprima el artículo último, substituyéndole con el encabezamiento del actual reglamento. ¿Y en qué se funda S. S. para pedir esto? En la suposición del art. 136 del que hoy rige y dice así: (Ley.) Ahora bien: lo que se ha querido es dar al reglamento el carácter solemne de una ley. ¿Pero acaso las leyes se discuten siempre por artículos? No señores. Vienen casos

y circunstancias en que se discuten por autorización. Y esto no ocurre sólo con las leyes políticas, sino también en las de otra clase, como se ha verificado entre nosotros con el Código penal y la ley de Enjuiciamiento, y en otros países, tratándose de leyes de suma gravedad y trascendencia; de manera que lo que se hace para una ley bien puede hacerse para el reglamento.

Y no se diga que esto entraña algo de político y constitucional, pues a eso contesto con el recuerdo del proyecto de las siete autorizaciones que se discutió el año pasado, el cual contenía disposiciones económicas y otras también de carácter político, y a nadie se le ocurrió entonces una cuestión previa para rechazar aquel proyecto por no discutirse parcialmente los artículos. El procedimiento por autorización, señores, rige y regirá siempre.

Por último, señores, las consideraciones que he expuesto, tienen por objeto el propósito de que se apruebe el proyecto, porque la conveniencia pública se opone a la prolija discusión de todos y cada uno de sus artículos; bien es verdad que con el sistema de enmiendas que se han presentado habremos de examinarlo punto por punto; pero como quiera que sea yo tengo el deber de rogar al Senado en nombre de la comisión que no tome en consideración la del señor marqués del Duero.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: Señores senadores, entro con sentimiento en este debate, porque es doloroso hablar de cosas personales y con desventaja, porque un senador que goza con justo título de grande autoridad entre vosotros, ha puesto una especie de dificultad, ó mas bien un obstáculo entre mi palabra y vuestra atención: es evidente que si no fuera movido por el interés del Gobierno, el mi personal no me impulsaría a molestaros; pero es necesario que los señores tengáis cierto prestigio, que tengan razón siempre, ó por lo menos que nadie les pueda negar la sinceridad con que creen tener razón. En este concepto, pues, debo responder a las censuras que me ha dirigido el señor marqués del Duero.

S. S., reconociendo algunas palabras mías aprobadas por el Consejo de ministros, que forman parte de uno de los documentos que han caracterizado la política del actual Gabinete, las ha interpretado procurando impresionar vuestro ánimo en contra del ministerio. Por fortuna S. S. que ha dicho que este reglamento es obra de la pasión, es de índole por sí misma tal, que raras veces le he visto terciar en los debates, sino bajo el impulso de las mas altas pasiones, y esto me da la ventaja de poder considerar que al apoyar su enmienda, la pasión que le dominaba no ha llegado a penetrar vuestro ánimo como estaba posesionada del suyo.

Señores, a las pocas horas de formarse el actual ministerio, el señor duque de Valencia indicó a las personas que le componían cual era el fin que creía que debía proponerse; y ya ántes, en las conversaciones particulares, pero siempre interesantes entre los hombres políticos, había hecho ver individualmente a todos su modo de apreciar las cosas públicas, y la conducta que pensaba seguir en el caso de que la Reina le honrase con su confianza. Pues bien: con la seguridad de la convicción y la buena fe de la realidad, debo declarar que el señor duque de Valencia en esas conversaciones preliminares tuvo siempre presente la idea de la reforma del reglamento.

Esta cuestión fué madurándose poco a poco, consultada y debatida largamente entre el Gabinete y sus amigos, hasta llegar a tomar la vida que hoy presenta. El ministro de la Gobernación dijo siempre su parecer; y fué el encargado de formular los principios generales y aun las determinaciones concretas de la reforma, para lo cual buscó en el seno de sus relaciones de amistad la afirmación y contradicción de sus propias opiniones.

No ha habido, por consiguiente, precipitación en este asunto, sino todo lo contrario. Si alguien ha creído ó querido deducir que este pensamiento ha venido aquí como una imposición gubernativa, hija de la soberbia y el desvanecimiento de un ministerio, a una corporación de tanto respeto y valía como el Senado, no ha tenido razón para afirmarlo. Y no ha tenido razón, no solo por los hechos que he referido, sino también por lo que ha dicho el señor marqués de Roncali, que no hay Gobierno que imponga sus ideas y trate de arrastrar a una mayoría y a una Cámara. Si yo me dejara arrastrar aquí del entusiasmo oratorio, podría decir que quien piensa que pueda haber un Gobierno que traiga aquí la ligera y descorresamente una cuestión como esta, y la dé como una minoría, y la haga aceptar como un protocolo cualquiera; quien así piense, es ese el que agravia, señores senadores, vuestra independencia y vuestra dignidad, y se agravia a sí mismo. Y, señores, ya que tanto se dice en pro de las oposiciones, ¿qué derecho hay para hacer alto en ese punto y no reconocer las mismas cualidades en las mayorías? Si la oposición obra por patriotismo, ¿qué derecho se pone en duda el mismo convencimiento, el mismo propósito del bien público cuando se trata de las mayorías y de los Gobiernos? O todos iguales, ó todos desiguales, ó todos levantados ó todos humillados; si me decís que aquí hay un virtuoso, el virtuoso sois todos, el virtuoso es el Senado; aquí no hay mayoría ni minoría; aquí no hay postergación, aquí hay hombres de bien que tratan del bien público.

Pero el Gobierno, por la pluma del señor ministro de la Gobernación, ha calificado los debates parlamentarios de cierta manera, infringiendo al hacerlo así un agravio a esta alta corporación legislativa. El señor marqués del Duero parece que no ha estudiado las palabras que había allí escritas, ni tiene en cuenta que las calificaciones genéricas a nadie determinan nada; entonces, ¿no suena la palabra Senado en la palabra Congreso? Y, señores, ¿cuándo acá es nuevo que las discusiones parlamentarias sean calificadas según el espíritu dominante de la persona que las aprueba? ¿No puede un Gobierno juzgar de la eficacia ó ineficacia de la serie de los debates parlamentarios que hemos presenciado? Y ese juicio que forme no le es permitido estamparlo sin que se deduzca que hay una ofensa a este alto Cuerpo? Pues yo recuerdo haber oído a senadores y diputados dolerse de una manera sumamente acerba, y hacer de las discusiones calificaciones infinitamente mas graves que la de que se trata, sin que jamás se haya creído que esto envolvía las intenciones que ahora quiere suponerse. ¿No hemos visto además proyectos de reforma publicados en los periódicos, en los que se ha juzgado duramente la conducta de nuestro Parlamento? ¿No recordáis cómo se han justificado ciertos actos de algunos Gobiernos y senadores? ¿Y de cuando acá se ha deducido agravio contra la honra y dignidad de una Cámara? Eso no se había visto hasta que lo ha hecho con su lógica ese señor marqués del Duero.

Por lo demás, al afirmar nosotros que la vida parlamentaria había adolecido de muchos males, estábamos como años de un movimiento de la opinión pública que yo he visto retratado en los pueblos en una forma que me espantaba y que no me atrevo a decir a la Cámara. Si, señores, a consecuencia de la estructura del reglamento actual son ineficaces las discusiones del Parlamento, y está falsificado el principio fundamental del Gobierno representativo, que es el Gobierno de las mayorías. Veigan las estadísticas que quieran, yo probaré con las de los proyectos abandonados y los Gobiernos caídos por algunas votaciones que las mayorías que parecían mas compactas y los Gobiernos que parecían mas robustos han sido detenidos en su marcha ó han desaparecido al empuje de las minorías. Esta es la cuestión, y estas son las explicaciones que el señor marqués del Duero describe y que yo doy, no porque fueran necesarias, sino por deferencia a S. S., por respeto al Senado, y porque importa que el país comprenda bien el punto de arranque de este debate.

El señor marqués del Duero ha recordado cierta

afirmación que hice en ocasión que se discutía sobre otras materias en este lugar, S. S. tratando de excitar la susceptibilidad de clase, recordó una palabra que dije aquí, palabra que ha sido muchas veces explicada, y que es la representación de una idea que sostengo, y difícil que haya quien pueda contestarla.

Si acaso hubo en aquella palabra defecto, fué algo de incorrección cuando afirmé que desde el mas alto de esa clase hasta el primero ó segundo, después de la infima posición, todos estaban sujetos a la ley; me equivocó; debí decir todos, hasta el de la infima posición. Y sin embargo, de aquí se ha deducido una serie de imputaciones de querer fundir las preeminencias de las gerarquías en una igualdad absoluta. ¿Quién pretende eso? Pero aquí hay una cosa igual para todos, que es el principio de la sumisión a la ley, la obediencia al que está encima; es decir, el deber dominando el derecho. Así lo expliqué entonces, y no sé por qué el señor marqués del Duero ha vuelto sobre este cargo, ya perfectamente desvanecido.

El señor marqués del Duero en otra parte de su discurso ha deducido de la estructura y de la economía general del reglamento presentado que el Gobierno tenía la intención de acabar con la iniciativa de los señores senadores. Yo en cuanto toqué a la defensa del reglamento, técnicamente considerado, está en tan buenas manos el hacerla, que diré muy pocas palabras cuando de él se trate; pero como se habla de un propósito del Gobierno que, según se cree, forma parte de su política, de aquí que tenga que decir algunas palabras sobre esto.

Si el Gobierno hubiera abrigado la intención de llegar a esos extremos que entiendo S. S., me parece que habrá de convenirse conmigo en que nunca se ha presentado una ocasión mas propicia para verlo realizado en unas cuantas páginas; y basta para ello ver cual era la situación del país cuando esta administración se encargó del Gobierno, pues la voz de todos los hombres que habían visto cercana la ruina era pedir grandes actos de energía para que no volvieran a repetirse aquellos accidentes, y nadie decía el modo de hacerlo, sino que se ejecutase pronto; y cuál fué la conducta del Gobierno, lo están diciendo sus actos.

Llevamos tres meses de legislatura: los presupuestos se han presentado, y sin embargo el señor marqués del Duero nos acusa y al señor senador ha dicho que se publican críticas de los actos del Gobierno, que se discuten las cuestiones importantes y que no se discuten otras cosas.

Verdad es que algunas personas han podido padecer de resultados de autorizaciones que todos conocen, que se han reprimido en alguna parte tentativas repetidas de desorden, y que se os propone un nuevo método de discusión; pero ¿no estamos aquí discutiendo libre y profundamente? Seguro es, pues, que no abrigamos la idea de poner término a lo que desde unos años a esta parte constituye una condición ineludible de nuestro estado político y social. Respetando la Constitución se ha traído aquí este debate; hemos hecho muchas cosas y dejado de hacer no pocas; y si hemos faltado alguna vez a ella hemos venido aquí y habéis dado vuestro parecer; y el Gobierno que así se conduce no puede estar sujeto a imputaciones sacadas de actos mas ó menos injustamente apreciados.

Creo que al Gobierno conviene hacer una repetición de su sistema y en su consecuencia diré que España es lo que es por todo lo que ha sucedido desde que es España hasta el día de hoy; y el Gobierno que tiene muy presente el minuto que acaba de pasar tiene también en cuenta los siglos que le han precedido. Si las necesidades para la salvación de los grandes intereses del país lo exigen, el Gobierno lo hará todo por salvar eso: mientras esas necesidades no se presenten hará lo que considere necesario para que este país corresponda a su historia.

Yo sé pensando qué lo de ayer tiene todavía pocas raíces entre nosotros, y tengo convencido de que lo de antes de ayer y mas antes, está muy identificado con la estructura social de España, y que es imposible prescindir de lo que es esencial, verdadero é ineludible en una sociedad cuando se trata de imponerla no ya una forma sino un fondo de principios de Gobierno.

Aquí tenemos como base fundamental la fuerza y el poder de la Monarquía; tenemos como principio fundamental la fe religiosa; la aspera independencia del país y la estructura católica de nuestra familia, y es preciso partir de esos principios, tomar lo que esté de acuerdo con ellos y no hacer caso de lo que se halle en discordancia.

El señor marqués del Duero me ha achacado cierta culpa por haber sostenido la opinión de que el Gobierno debía terciar en los debates relativos a la discusión del reglamento. El Sr. Roncali ha contestado ya sobre este punto, y también el Gobierno ha manifestado su opinión; pero como S. S. ha puesto en duda la legitimidad de la intervención del Gobierno en este materia, me cumple demostrar que el reglamento es, al mismo tiempo que el régimen de los actos de una Cámara, la ley de sus relaciones con el Gobierno; y si tuviéramos aquí una ley de relaciones y esto estuviera ya pasado en autoridad de cosa juzgada no tendría inconveniente en aceptar lo que ha lijado el señor marqués del Duero; pero desde el momento en que están confundidas estas dos cosas no puede negarse la competencia del Gobierno para manifestar hasta qué punto se conforma con ciertas y determinadas prescripciones que los señores senadores puedan juzgar tal vez necesarias, y este es un punto perfectamente claro de derecho público; y me basta, por lo tanto, ver el asentimiento que muestran algunos señores senadores para dar por terminada esta contestación.

Ha dicho el señor marqués del Duero que no se eleva la fortuna; y al decir esto parece como que ha comprendido que con este reglamento y cualquiera otro que se haya hecho y demás medidas que haya dictado el Gobierno tiene que la esperanza de inmovilizar en sus manos, ó por lo menos el espíritu que en el resplandeciente, la administración del poder, sin considerar que nosotros no podemos pretender eso, pues solo queremos una cosa perfectamente legítima y es que los Gobiernos sean durables, ora pertenezcan a este partido, ora a otro.

Hay quien nos ha dicho que mañana seremos oposición y la ley que hoy forjamos tan dura nos será impuesta. Sobre esto ya he dicho lo que entiendo, todos vamos a ganar con esta reforma porque va a acabarse el combate de guerrilla, y va a empezar la guerra de los grandes ejércitos, porque van a acabarse los discursos diminutivos y van a empezar los grandes discursos, y concepto esto conveniente porque la cohesión de las individualidades, la representación es esta cohesión de los grandes intereses del país, las grandes luchas entre las grandes agrupaciones es lo que constituye lo mas elevado de estas Asambleas y en la hora en que estas Asambleas se convierten en un conjunto de opiniones individuales, la gran fuerza de la individualidad de cada uno se convierte en la impotencia de todos.

A propósito de Inglaterra, ya que un señor senador ha hablado por lo bajo de ella, diré que para los que se ocupan de la vida política de ese país y para los que suponen que ha empezado a entrar en cierto período de decadencia, la verdadera causa es que los partidos allí se han disuelto de tal suerte, que apenas hay grandes agrupaciones que puedan formar núcleo para gobernar, pues la única que quedaba y que se ha conservado intacta es la que fundada en las grandes tradiciones del país se conoce con el nombre de partido Tory.

La hora es avanzada, y no quiero abusar más de la benevolencia del Senado, y concluyo rogándole que ponga en el peso de la balanza de su imparcialidad las afirmaciones del señor marqués del Duero y por las razones que he expuesto la comi-

